

Una impactante historia de fortaleza,
venganza y perdón

OJO POR OJO

Amench
Bahramí



Un canto a la vida y a la autosuperación. «Hace ocho años una desgracia cambió mi vida, una desgracia cuyas consecuencias, sin embargo, no acabaron conmigo». Por asombroso que parezca, he logrado recuperarme y, ocho años después de aquel horrible punto y aparte en mi vida, siento que por fin tengo fuerza suficiente para contar mi historia. Todavía duele, me remueve las entrañas, me entristece y algunos días casi me desespera. Pero tengo que contarla».

Expreso mi profundo agradecimiento a los doctores
Ricardo Palao, Ramón Medel Jiménez y Óscar Gris
Castellón

CAPÍTULO 1

Una mirada: palabras de fuerza y agradecimiento

En nombre de Dios, creador del alma,
autor de la palabra,
en nombre del Dios de la vida y nuestro Dios,
en nombre del Dios
que nos alimenta y nos guía.

Este libro nace en nombre de Dios, que es bello,
y ha creado y ama la belleza.

Hace ocho años una desgracia cambió mi vida, una desgracia cuyas consecuencias, sin embargo, no acabaron conmigo.

Por asombroso que parezca, he logrado recuperarme y, ocho años después de aquel horrible punto y aparte en mi vida, siento que por fin tengo fuerza suficiente para contar mi historia. Todavía duele, me remueve las entrañas, me entristece y algunos días casi me desespera. Pero tengo que contarla.

Las lágrimas me anegan el rostro mientras grabo mi relato en docenas de cintas: las lágrimas son lo único que aún son capaces de producir mis ojos. Pero tengo que liberarme de esta desgracia. Debo luchar contra este destino. Hace ocho años que se interpuso en mi camino, pero no ha podido conmigo antes y tampoco me vencerá en el futuro.

Este libro debe servir para que nunca se vuelva a repetir un «caso Ameneh Bahramí». Para que jamás ninguna otra mujer o niña vuelva a ser víctima de un ataque con ácido. Para que nadie vuelva a escaldar ni abrasar a una mujer por el mero hecho de tener voluntad propia. Después de esto, nadie tiene por qué pasar por lo que me he visto obligada a soportar yo. Mi mayor deseo es que nuestra sociedad se esfuerce por superar su egoísmo y deje atrás la envidia y el orgullo.

No debemos emplear las fuerzas que Dios nos ha regalado en maltratar al prójimo, ni en hacer daño a los demás. Nadie debería ejercer poder sobre otras personas. Nadie debería tener la posibilidad de apropiarse impunemente de lo que se le antoje. Y mucho menos si se trata de la vida, la salud o la belleza de un ser humano libre.

Puede que haya personas a las que les cueste creer mi historia. A mí me resulta muy duro mirar atrás y evocar los recuerdos de todo lo ocurrido. Han sido muchas las veces en que he llorado lágrimas amargas durante los últimos años, muchos los días en que me falló la voz. En más de una ocasión he querido rendirme porque el dolor en el rostro, el esófago, el estómago, las manos y los brazos me estaba volviendo loca. Y muchos días me he visto al límite de mis fuerzas y he sentido que me abandonaban la voluntad y la determinación.

Estoy muy agradecida a numerosas personas que han estado junto a mí durante el camino. Sin embargo, mi mayor gratitud va dedicada a mi querida familia, que me ha apoyado y acompañado en este duro trayecto.

Me gustaría dar las gracias especialmente a mi abuelo, allí donde esté. Le quería mucho, y su bondad y su sabiduría me han ayudado a dominar mi ira incontenible.

También deseo dar las gracias a mi estimado amigo el doctor Saburi. Su voz tranquilizadora y la sensatez que me ha transmitido siempre me han infundido ánimos. Mi especial agradecimiento también al doctor Ramón Medel Jiménez, que gracias a su amabilidad y a sus habilidosas manos me ha dado confianza en mí misma, y sigue dándomela.

Gracias también al señor Yaghoubzadeh, que me ha apoyado hasta ahora. A Mariam Rassulipanah, Ashraf Arab y todos los amigos y colegas de estudios, por su ayuda y apoyo, y también a todos los antiguos compañeros. Por ellos y por los que se mencionan aquí de forma explícita, quiero reunir las fuerzas para contar mi historia y compensarlos a todos.

Mi experiencia debe servir de ayuda a todas aquellas personas que se enfrenten a un duro golpe del destino, para mostrarles que, incluso cuando uno se encuentra en la oscuridad más profunda, puede recuperar la esperanza. Los malos momentos nos convierten en lo que somos. Quien pasa por circunstancias difíciles aprende a apreciar mejor el lado bonito de la vida. Perder algo resulta duro, pero también desata fuerzas insospechadas.

Hoy, ciega y con el rostro marcado, vuelvo a tenerme en pie y lucho por que todos los seres humanos gocen del derecho y la libertad para decidir sobre sí mismos. Todo el mundo ha de vivir como desee, y contar con los medios para ello.

Al final he perdido parte del rostro, pero, después de todo lo que me ha ocurrido, no he perdido la dignidad. Doy gracias a Dios por haberme permitido llegar a esta conclusión y haberme allanado el camino que he querido seguir hasta el momento. Con su ayuda he llegado hasta aquí, y con las esperanzas puestas en Él doy el siguiente paso: aquí comienza mi historia.

CAPÍTULO 2

Visiones interiores: imágenes horribles y recurrentes

Aquella mañana, al despertarme, volví la cabeza hacia la ventana, de donde colgaba una cortina azul. Lo sabía porque una vez había pedido que me describieran la habitación: la manta de colores sobre la cama, la puerta marrón, el suelo gris, todo lo veía sólo con mis ojos interiores. El cielo debía de estar despejado, lo notaba. El tiempo se percibe; yo sentía en la piel el sol, las nubes, la llovizna, el viento.

Además, olía y oía el tiempo que hacía fuera; eran percepciones sensoriales que hasta el ataque no me habían interesado y que probablemente la mayoría de la gente apenas nota, porque capta demasiadas cosas en el mundo sólo a través de los ojos, para luego olvidarlas en seguida.

Aquel día de julio tenía que empezar de nuevo, debía volver a visualizar lo que me había ocurrido y revivir todo lo que había dejado atrás. Me había propuesto narrar mi libro en cintas de audio.

Como todos los días, me duché, me sequé, me puse pomada en la cara, colirio en el ojo derecho y me coloqué las gafas de sol. Me vestí con los vaqueros que tanto me gustaban cuando aún podía ver algo y cuyo color gris claro seguía recordando con nitidez, me puse la gabardina blanca que me compré en Barcelona y me fui, bastón en mano, a la panadería de la esquina. Cuando no estaba de buen humor iba allí, me tomaba una taza de té y un trocito de pastel.

En aquel momento me bullían en la cabeza multitud de cosas: los artículos de prensa, los informativos de radio y televisión, las entrevistas y todas las preguntas que me abrumaban tanto desde el exterior como en lo más íntimo. Allí estaba yo, sentada con mi grabadora y las cintas.

Hasta entonces mi vida había sido sosegada, tranquila. Hoy, en cambio, es turbulenta y complicada. He tenido que decidir sobre la vida de otra persona, y cada día debo encontrar mi camino, familiarizarme con mi nuevo mundo. Todo lo que para mí era importante y valioso me lo ha arrebatado él, sin más.

Ahora medio mundo habla de mí, en todos esos informativos en los que se describe mi destino y se debate acerca de mi voluntad férrea. A algunos les parece bien lo que quiero hacer, otros están en contra. Unos me entienden y me apoyan, otros la toman conmigo. Por lo general recibo apoyo de las personas que me conocen, que han sufrido conmigo o han seguido mi historia durante mucho tiempo. Entienden por qué he emprendido esta lucha y solicitado a un juzgado de Teherán que dicte una sentencia insólita. Comprenden por qué no he cejado en mi empeño hasta que la justicia iraní me ha concedido el derecho a una compensación... Allí estaba yo, la sentencia del Talión y aquel hombre.

¿Podré, realmente, conseguir esta sentencia del tribunal? ¿Tendré fuerzas para llevarlo a cabo? Lo haré, cuando me concedan el derecho a hacer justicia. De eso estoy convencida, y, si me entran dudas a la hora de rociar con ácido los ojos de Mayid, sólo tendré que recordar cómo ha destrozado mi vida con su crueldad, los difíciles minutos y horas que he tenido que soportar. Imaginar el momento en que me echó ácido en la cara, se largó, con su corazón de piedra, y se paró a la vuelta de la esquina para observar cómo me quemaba. En aquel segundo sólo tendré que recordar que me ha quitado mis preciosos ojos; que desde en-

tonces, un día tras otro, he intentado en vano imaginarme el mundo en que vivo desde hace años sin haberlo visto. Pensaré en las épocas sin dinero, llenas de dolor, de preocupaciones. Claro que podré hacerlo.

¿Yo, que no sería capaz de matar ni a una mosca, como se suele decir? ¿Yo, Ameneh Bahramí?

Nadie puede cuestionarme lo que voy a hacer, nadie debería hacerlo. En la prensa escriben: «Ameneh Bahramí quiere vengarse», pero no es una cuestión de venganza. Se trata de las mujeres y niñas de todo el mundo que son abrasadas con ácido o escaldadas con agua hirviendo sin que se exijan responsabilidades al autor. Eso es lo que pretendo evitar con mi sentencia. Por lo menos creo que con mi decisión puedo cambiar algo, aunque me asalten las dudas una y otra vez.

En ocasiones recupero la visión y lo veo. A él, cuyo nombre no quiero pronunciar; a él, que ha conseguido destrozarme la vida. Lo veo casi todas las noches, mientras duermo, y los días en los que me pierdo en mis propias lágrimas. Está ahí, atado a una camilla. Duerme, sujeto de pies y manos por unas correas. Permanece tumbado boca arriba, tiene los ojos cerrados. Cuando está así, como amortajado, parece pacífico, pero en él se esconde el demonio. El mal está preso en su interior. Si ahora abriera los ojos, yo vería el mal en él, como aquella vez, en otoño de 2004, cuando me di la vuelta debido a mis sospechas, porque una voz interior me alertó. Todavía hoy oigo los pasos detrás de mí. Era Mayid, ese joven que simplemente no quería entender que el amor no se puede forzar. Sentí su presencia. Supe, sin verlo, que me perseguía de nuevo.

¿Qué pretendía? ¿Volvería a suplicarme o me vendría una vez más con exigencias? ¿Pretendía reclamarme para sí, a mí, mi cuerpo, mi amor? Un amor que sólo existía en su cabeza, que no podía ofrecerle. Jamás.

¿Cuántas veces tendría que explicárselo? ¿Me vería obligada a volver a decirle que no le amaba? ¿Que no lo conocía, ni deseaba conocerlo? ¿Dejarle claro que no me esperara, que no se hiciera ilusiones con mi amor? ¿Es que no era capaz de entenderlo? ¿Qué más podía hacer, pensaba desesperada, para que ese hombre dejara de insistir?

Al darme la vuelta, le vi los ojos. Eran oscuros, sin sentimiento, y trasmitían firmeza. Vi en ellos el mal, el diablo. Entonces le miré las manos: tenía algo agarrado, un recipiente rojo, como una garrafa pequeña. Mayid me observaba con los ojos fuera de las órbitas. ¿Qué era eso que se distinguía en su mirada? ¿Odio? ¿Desesperación? ¿Decepción? Lo que vi en él era frío, muy frío.

Entonces sentí el calor, un calor abrasador, en la cara, en los ojos..., en el alma.

Ahora lo vuelvo a ver, porque lo que no me pudo robar es mi vista interior, mis principios, mi imaginación. Lo veo ahí tumbado, solos él y yo. No puede defenderse, no debe defenderse. Ahora me pertenece sólo a mí, sus ojos me pertenecen...

Le han provocado el sueño. Con una inyección le han cerrado los ojos que mi mano hará que no vuelva a abrir. Le han aplicado anestesia completa para que no sienta el dolor que yo tuve que soportar cuando me arrojó el ácido abrasador a la cara. Pero sentirá el dolor. Le asaltará después, el dolor de la oscuridad, la oscuridad eterna.

Le tanteo los ojos y se los abro. Con el pulgar y el índice de la mano izquierda le separo los párpados, veo mentalmente el punto oscuro en el círculo blanco y acerco la mano derecha al ojo. La pipeta está llena de ácido. Tengo que echarle unas gotas en el ojo, debo ejecutar esta sentencia. Por mí y por todas las mujeres que sufren maltratos, violencia, y son destruidas. En Irán y en todo el mundo. Tengo que hacerlo. Este veredicto, obtenido tras una lucha larga y

dura, hace justicia. Como mínimo de eso estoy convencida, casi siempre...

En algunos momentos Mayid grita. Patalea como si estuviera poseído, da tirones de las correas que lo tienen sujeto, tumbado. Le tiembla el cuerpo, el corazón le va a toda velocidad, le cuesta que entre aire en los pulmones. Se da golpes salvajes con la cabeza de un lado a otro. Sin embargo, por lo general no se mueve. Luego no siente el trabajo destructivo del ácido. Duerme y no se da cuenta de cómo esas gotas le devoran los ojos. La luz se apaga en su vida, igual que él hizo con la mía. No se oye nada, aparte de ese suave chisporroteo maligno y el borboteo en las cuencas de los ojos.

Pero en algún momento gritaré, cuando despierte, igual que grito yo todas las mañanas en silencio al darme cuenta de que me gustaría abrir los ojos y no puedo. Y jamás podré volver a hacerlo, porque me lo ha robado todo: los ojos, la vida, la inocencia, la belleza. Gritaré; al principio serán gritos fuertes y penetrantes. Y llorará, pues ya no le quedará mucho en la vida, sólo imágenes en la cabeza y sueños que jamás cumpliré. Le quedarán esos sueños que se repiten una y otra vez. Todo lo demás ha sido devorado, quemado, destruido.

Yo ya no veo, no me puedo ver.

A veces me siento contenta y agradecida de que Alá me haya ahorrado la experiencia de ver mi reflejo en un espejo. De lo contrario debería contemplar día tras día un rostro que ya no es el mío, una cara que me resulta ajena, monstruosa y desfigurada.

A él le quedará la cara, aunque perdiera su dignidad hace tiempo con aquella acción cobarde y atroz y la haya sustituido por una máscara horrible. Tendrá que vivir con ello.

—Ameneh, el bastón te resulta engorroso, ¿verdad? —
La joven dependienta de la panadería me sacó de mis pen-

samientos.

—Lo odio —le dije a la mujer, que había posado sus manos cálidas en mis hombros.

—Se te nota.

—No lo soporto, pero dependo de él. Ahora es como mis ojos. Sin él no puedo ni siquiera recorrer el pequeño trayecto hasta tu tienda.

—¿Por qué no te buscas un perro lazarillo?

—Me gustaría que la ciencia lograra un día devolverme la vista.

—Sí —asintió ella—, estaría bien. Pero ¿quién sabe lo que ocurrirá mañana!

Tenía razón, nadie sabe qué va a suceder en el futuro. Tal vez llegue realmente el día en que vuelva a ver. Cuando el ser humano soñaba por primera vez con volar, tampoco creía nadie que un día podríamos viajar en pocas horas de un continente a otro. ¡Cómo me gustaría ver Barcelona con mis propios ojos! Salir a pasear, ver el cielo, las personas, la tierra bajo mis pies, los jardines, los árboles... Si pudiera, saldría corriendo a sentarme en la arena y contemplar las olas. O subiría al Tibidabo para ver el cielo y la ciudad desde allí arriba.

Lástima que no pueda ir al Park Güell a admirar los mosaicos y esculturas de Gaudí, de los que tan bien habla todo el mundo. En cambio, tengo que limitarme al entorno más inmediato de mi piso, dos calles para aquí, dos calles para allá.

Me despedí de la joven dependienta, salí de la panadería, compré un puñado de cintas de audio en una tienda vecina y volví a mi habitación. Allí me esperaba mi libro. Mi historia, que por fin quería contar yo misma, después de que tantos periódicos y revistas de todo el mundo informaran de mi caso, y en muy pocas ocasiones contaran la verdad. Ahora dependía de mí narrar mi vida y finalmente plasmarla sobre el papel.

En aquella época —julio de 2009—, yo vivía en Barcelona de alquiler con María Rosa, una anciana huraña que me atosigaba día y noche. Algunos días me hacía sentir al borde de la desesperación, como cuando el olor a tabaco pasaba en velos densos por debajo de la puerta hacia mi habitación porque de nuevo estaba de mal humor. Además, ella sabía que desde el ataque tenía los pulmones muy sensibles y sus cigarrillos me provocaban fuertes accesos de tos. No servía de mucho abrir la ventana, y menos en invierno, cuando me soltaba con brusquedad: «El gas es caro»; cobraba su alquiler y no encendía la calefacción. No podía hacer nada para resistirme. Al fin y al cabo, sabía lo que yo también tenía claro: sin vista y sin dinero jamás encontraría otro alojamiento.

Pero María Rosa tenía un buen motivo para su amargura: aquella anciana había perdido de golpe, en un accidente, a su marido y su hijo. Aun así, los fríos días de invierno me preguntaba si llegaría a entender lo que me había hecho, si se daría cuenta de que a veces me trataba como si yo tuviera algún tipo de culpa secreta por su destino...

Ahora quedaba tan lejos... Tenía que hacerle a mi torturador lo mismo que él me había hecho a mí: dejarlo ciego, quitarle la vista y condenarlo a una vida en la oscuridad. Igual que había hecho él conmigo.

Debo afrontar esta sentencia y ser capaz de vivir con su inminente ejecución, aunque no tenga respuesta para las preguntas y dudas que me atormentan. No sé cómo voy a asumir el hecho de haber dejado ciega a una persona, pero sé qué se siente al tocar un ojo de cristal y echarle gotas para que el párpado artificial que me pusieron en una operación pueda abrirse y cerrarse sin dolor.

¿Por qué iba a renunciar? Igual que he tanteado mis ojos tocaré los suyos y le aplicaré las gotas de ácido, por mucho que todo el mundo diga que eso es propio de ver-

dugos y bárbaros. Ninguna de las personas que emite juicios sobre mí ha pasado por lo que yo he tenido que pasar. Nadie sabe qué se siente cuando uno se quema, por dentro y por fuera, nadie de los que probablemente se hayan formado una opinión ha tenido que dejarse humillar por Mayid y su familia ante el tribunal.

A menudo me siento absolutamente dividida. El momento en el que ejecute la sentencia será difícil, pero creo que así volveré a encontrar la paz que perdí aquella tarde en que me atacó por la espalda. Y todas aquellas personas que, como Mayid Movahedí, tienen el corazón de piedra temblarán de miedo como los miserables que son. En el futuro se lo pensarán dos veces antes de pretender ser dueños de una persona sin su consentimiento y maltratarla impunemente.

La solución no consiste, como aconseja nuestro actual presidente, Ahmadineyad, en que las chicas jóvenes se casen antes de terminar los estudios, porque los problemas suelen empezar después. ¿Cambiaría algo si el matrimonio fuera anterior? ¿Que las chicas jóvenes no fueran lo bastante maduras ni tuvieran formación suficiente para ejercer su propia voluntad? Las mujeres mayores de edad no son responsables de lo que hacen con ellas algunos hombres; los culpables son los criminales que se cierran y rechazan un pensamiento moderno e instruido.

¿Qué valor tiene el «no» de una mujer en una sociedad en la que ya desde el mismo momento de nacer se establecen grandes diferencias entre niños y niñas y la vida de una mujer vale sólo la mitad que la de un hombre? En algunas familias se da preferencia a los niños y se los malcría desde pequeños. A edad muy temprana aprenden que son más importantes que sus hermanas: ellos consiguen todo lo que quieren, mientras que ellas tienen que arreglárselas solas desde muy pronto. Desde la más tierna infancia experimentan que sus madres no tienen los mismos derechos que sus padres, y que, para bien o para mal, dependen de sus mari-

dos. Este desequilibrio marca ya desde el inicio la imagen de la mujer que tienen algunos jóvenes iraníes. Al final muchos padres pierden autoridad sobre sus hijos porque ya no son capaces de dominar a esos pequeños pachás.

A juzgar por todo lo que sé hoy en día, yo fui víctima de uno de esos pequeños tiranos. No era consciente del peligro al que me exponía con mi actitud de rechazo, sobre todo porque había habido otros hombres en mi vida cuyos sentimientos hacia mí no eran correspondidos y supieron encajarlo.

Mis amigas y yo sabíamos que un día podíamos toparnos con un hombre que no se diera por satisfecho con unas cuantas palabras amables, pero ninguna de nosotras pensó jamás que tal vez tendría que pagar su libertad de decisión con la vida o la salud, además de que no éramos mujeres que diéramos importancia al hecho de coquetear o ligar.

El joven que me ha cambiado la vida, y también me la ha destrozado, es un producto clásico de una sociedad construida sobre diferencias abismales entre los dos sexos. Y es un hombre que no entrará en razón, como ha demostrado durante los últimos años.

Una vez, Mayid escribió a sus compañeros de prisión desde su celda: «Lo que he hecho me ha mantenido durante seis meses en las primeras páginas de los periódicos». Es más, Mayid también está orgulloso de otra cosa: después del ataque aparecieron de repente innumerables imitadores. Hombres que, como él, pensaban que podían erigirse en dueños de los sentimientos y la vida de las mujeres jóvenes.

Antes de que me agrediera, habían transcurrido ocho años desde el último ataque con ácido a una mujer iraní. En aquella ocasión dos chicas quedaron heridas de gravedad y el autor fue ejecutado de inmediato después del juicio. Tras aquella sentencia hubo ocho años de tranquilidad... hasta que Mayid volvió a romper el hechizo.